

des caminos seguidos por los romanos para subir al interior de Alemania y por los bárbaros para descender á la Galia (369).

Tomó además otra precaución, la de impedir los casamientos entre romanos y bárbaros. Pero estos se encontraban donde quiera en el imperio; y en las dos orillas del Rin y del Danubio, hasta bien lejos en el interior de las provincias fronterizas, las costumbres eran, poco más ó menos, las mismas. La ley fué pues letra muerta, y los enemigos continuaron recibiendo secretos avisos por parte de los compatriotas que tenían en el ejército romano, de los designios formados contra ellos, ó de los seguros golpes que deberían dar á su vez.

Sin embargo, los alamanos eran aún de temer, y Valentiniano decidió arrojar sobre ellos á los burgundos que vecinos de ellos por el N. E. (Turingia) estaban enemistados por cuestión de unas salinas que se disputaban. Propúsoles concertar un ataque contra el enemigo común, no porque quisiera hacer campaña con los burgundos, sino con la esperanza de que, después de haber desencadenado esta guerra, no tendría más que contemplar alguna furiosa campaña entre germanos, como aquellas que regocijaban el corazón de Tácito.

Pero cuando ochenta mil burgundos en armas vinieron á reclamarle la asistencia y subsidios prometidos, no quiso formar su pequeño ejército al lado de tan numerosos auxiliares, ni sustituir á los alamanos, divididos entre sí, con un pueblo bastante unido para poner tales fuerzas en pie de guerra. Bajo diferentes pretextos retardó la concentración de sus tropas, y desechados los burgundos volvieron á su país.

Advertidos los alamanos por el peligro que habían corrido, permanecieron en reposo hasta el fin del reinado de Valentiniano. En 374, su rey Macrián ajustó con él una paz que hizo del bárbaro el aliado de Roma hasta su último día.

Unos sajones que montaban frágiles barcos cuyas banderas eran de mimbre, penetraron en 370 por los ríos de la Bélgica en el interior de la provincia y destruyeron el cuerpo que la guardaba. Un ardid, que el honrado Marcelino encuentra desleal, causó su perdición: los que no cayeron al filo de la espada ó al bote de la lanza de los catafractarios, fueron destinados á los anfiteatros. Pero en Roma se estrangularon veintinueve por no servir de diversión al pueblo.

En la Bretaña, los pictos que cultivaban las llanuras de la Escocia, los escotos ó escoceses cuyos ganados pacían en sus montañas, habían sido siempre incómodos vecinos para las provincias romanas. San Jerónimo acusa á los últimos de cruel y refinado canibalismo (1). Mientras un caudillo bravo y vigilante velaba desde Eboracum sobre sus movimientos, se vivía tranquilamente al Sur del muro de Adriano: las ciudades estaban florecientes en tierra tan fecunda, de donde sacaba Juliano trigo para mantener su ejército. Pero tan lejos de la vista del príncipe, los gobernadores se abandonaban á la corriente del tiempo, la rapacidad, y las legiones no recibían sus pagas íntegras: los soldados desertores vivían del pillaje en los caminos públicos, mientras los piratas sajones ó francos devastaban el litoral; de aquí resultaba que los habitantes perdían naturalmente su afecto á un imperio que pedía mucho y no daba nada.

En medio de esta desorganización, crecía más y más la audacia de los bárbaros, que recorrían todo el país hasta

(1) ...*pastorum nates et feminarum papillas solere abscindere et has solas ciborum delicia arbitrari* (S. Jerónimo, *Opera*, t. II, p. 75).

la costa de Kent sin temer medir sus fuerzas con las tropas regulares. Este estado duraba con intervalos de reposo desde la grande insurrección de Carausio, que había abierto la isla á los sajones y á los francos. Constancio Cloro y Constantino habían puesto orden en esto; pero había sido menester que pasara allá Constantino II, y Juliano á su vez tuvo que enviar tropas.

En 368, supo Valentiniano en Tréveris, donde residía para vigilar de cerca sus puestos avanzados del Rin, que los dos jefes militares de la Bretaña habían muerto y la provincia estaba casi perdida, y para recobrarla tomó enérgicas medidas. Un general hábil y honrado, el español Teodosio, pasó el estrecho con fuerzas que le permitieron rechazar á los sajones sobre el mar y á los escotos sobre sus montañas, reapareciendo los estandartes romanos en el muro de los pictos (369).

Recompensado Teodosio con el título de maestre de la caballería, vino á ser el lugarteniente necesario de Valentiniano, que lo encargó de reprimir una peligrosa insurrección.

Los bárbaros del Sur sentían, lo mismo que los del Norte, que el gran cuerpo del imperio se debilitaba lentamente, pero de continuo, bajo el peso de sus vicios constitucionales y de los golpes asestados contra él de mil puntos de su inmensa frontera. Los gétulos habían venido á pillar y matar hasta á los arrabales de las ciudades de la Tripolitana y Leptis sufrió un sitio de ocho días. La antigua asamblea en que se discutían los intereses comunes de la provincia, envió diputados al emperador quejándose de la incuria de aquel gobernador. Romano, que así se llamaba, cohechó á los comisarios encargados de examinar su conducta, y cinco de los notables fueron ejecutados como calumniadores (370).

Mientras los gétulos llevaban el espanto al Este de la provincia de Africa, el hijo de un poderoso caudillo mauritano, Firmo, á quien Romano había condenado á muerte, sublevó á su pueblo para evitar el suplicio (2). Funcionarios imperiales, jefes militares, prefectos y tribunos y soldados reclutados en la provincia se pasaron á su causa, y un tribuno de infantería constantina le ciñó á la frente su collar de oro en guisa de diadema, y fué proclamado rey: Juliano fué coronado así.

Por fortuna Firmo no era Juliano. Tomó á Icosium (Argel), la gran ciudad de Cesarea (Cherchel) que incendió, y un momento pudo creerse dueño del Africa romana, viendo que la población indígena y los donatistas se agrupaban al rededor del jefe nacional. Pero habiendo perdido ya los hábitos de guerra, mal armados, sin disciplina ni táctica, los provinciales no podían mantenerse contra tropas regulares bien conducidas por un hábil general (372).

Teodosio partió de Arles en una flota que llevaba un cuerpo expedicionario y desembarcó en *Igilis* (Djidjelli). Inspirándose en la táctica de Mario contra Yugurta, persiguió á Firmo hasta los puntos extremos en que parecía que el sol de Africa debía ser funesto para soldados procedentes de los acantonamientos del Norte de la Galia. Con un cuerpo de ejército de 3.500 hombres escogidos, listo y bien provisto, que renovaba sus víveres en los *silos*

(2) El Africa había tenido *latifundia* desde muy temprano. Plinio los señaló inmensos desde el tiempo de Nerón. Combinándose este régimen de propiedad con el de las tribus, cubrió el Africa de dominios imperiales ó privados tan extensos como territorios de ciudades, como, por ejemplo, los de los Lolios, Arrios, Matidia, Lusio Quieto, Firmo y más tarde Gildón. Los grandes jefes son muy antiguos en aquel país; pero en tiempo de los romanos, ciudades florecientes hacían equilibrio á aquellos principados.

de los indígenas, ó en depósitos hábilmente preparados, pasó por todas partes incendiando los pueblos y las cosechas que no podía utilizar. Sabía desbaratar los ardides de un enemigo sin fe y se aplicaba á conocer los negocios interiores de las tribus, á fin de poder reorganizar con jefes fieles las que se le sometían. Pero digno lugarteniente del más duro de los príncipes de Roma, hacía una guerra sin piedad y administraba sin complacencia. Los desertores, los traidores, los cobardes que habían huido del campo de batalla, los empleados cómplices de las prevaricaciones de Romano, todos perecían bajo la segur ó en la hoguera, después que la tortura les había roto los miembros.

Perseguido por todas partes Firmo, iba á tener la suerte de Yugurta entregado por Bocco. Pero una noche aprovechó el sueño de sus guardias para atar en silencio una cuerda á un garfio y colgarse. Igmecen, rey de los isafenses, á cuyo lado había creído encontrar asilo, cargó su cuerpo en un camello y se lo llevó á Teodosio: la guerra, pues, estaba concluída.

Mientras este general devolvía una provincia al imperio, su hijo, que fué más tarde el emperador Teodosio, salvaba otra. Valentiniano hacía ejecutar á lo largo del Danubio hasta la Dacia de Aureliano, trabajos semejantes á los ejecutados ya por su mandato en la orilla izquierda del Rin. Quiso también tener un pie en el país de los cuades, como había hecho en el Neckar de Alemania; y Gabinio, rey de los cuades, vino á hacer humildes representaciones al duque de la provincia Valeria, el cual lo convidó con su séquito á un festín y los hizo degollar á todos.

Para vengar esta perfidia los cuades y sus vecinos entraron en tierra romana, donde por poco no cautivan á la hija del emperador Constancio, Flavia Constancia, que canonizó después la Iglesia y que, prometida entonces al hijo mayor de Valentiniano, era conducida á su esposo. Los bárbaros exterminaron dos legiones, y fué menester levantar á toda prisa las murallas de Sirmio. Pero el joven Teodosio, duque de Mesia, batió en muchos encuentros á los sármatas, que habían invadido su provincia, y los obligó á implorar la paz.

Valentiniano envió á la Panonia una división de tropas galas, que hubo de seguir de cerca. Tal era entonces la vida de un emperador romano: siempre en la frontera, espada en mano, para detener á unos bárbaros que al contacto de Roma, habían aprendido de ella algunas artes de la paz y de la guerra, que tenían ya mejores armas y una táctica más peligrosa, con todo lo cual debía contarse.

En otro tiempo, el hombre orgulloso y duro, que impedía en el Occidente, no se había desdenado de ir á la orilla derecha del Rin á tratar de potencia á potencia con un rey de los alamanos. A lo largo del Danubio encontró florecientes ciudades, casi destruídas, y arruinadas del todo las antiguas fortalezas. Atravesó el río cerca de *Aquincum*, y pasó al filo de la espada á todos los cuades que pudo haber á la mano, guerreros ó pacíficos, mozos y ancianos, mujeres y niños; los demás, desde lo alto de las montañas donde se habían refugiado, vieron con ojos arrasados de lágrimas cómo el incendio devoraba sus villajos, y poseídos de espanto imploraron humildemente el olvido de lo pasado.

El emperador los recibió en Bregecio (1) con enojo y cólera, y se arrebató contra ellos con tan atroz violencia que se le rompió una vena del pecho y se murió aquella noche.

(1) Plaza fuerte á orillas del Danubio, en la baja Panonia: la 5.^a cohorte de la legión 1.^a *Adjutrix*, tenía allí sus cuarteles. Sus ruinas se ven cerca de Szony, al Este de Comorn.

Este fin, digno de su vida, no ha de hacernos olvidar que, á lo menos para la guarda del imperio y para la paz religiosa, había llenado bien sus funciones de emperador (17 nov. 375).

Valentiniano dejaba dos hijos: Graciano, á cuya madre, Valeria Severa, había repudiado, y Valentiniano II, habido de su segunda mujer, la emperatriz Justina. En 367, durante una grave enfermedad, había conferido al primero, bien que sólo tuviera entonces ocho años, el título de Augusto, sin hacerle pasar por el primer grado imperial, ó sea el título de César, que ya, á partir de este príncipe, quedó suprimido (2).

A consecuencia de negociaciones é intrigas que duraron seis días, y que no conocemos, bien que se dejan adivinar, los principales oficiales del campamento de Bregecio dieron el mismo título á Valentiniano II, asignándole la Iliria, Italia y Africa por dominio. Graciano iba sin duda á llamar á su madre, que volvería con el corazón ulcerado por siete años de ultrajes, y reinaría como emperatriz, mientras Justina descendería á la condición de súbdita. Esta pues no podía sustraerse á la humillación y á los peligros de que estaba amenazada, sino haciendo elevar á su hijo al mismo rango imperial que el hijo de la repudiada, y estaba segura de encontrar amigos que desearían ser los amos de una nueva corte y de un príncipe niño. El más considerable de ellos, el que dirigió el negocio, Melobaudo, el general en jefe del ejército del Danubio, era pariente suyo. Con esta elección se arriesgaba una guerra civil; pero las mejores tropas de la Galia habían seguido á Valentiniano á la Iliria: el antiguo Augusto aceptó al nuevo fraternalmente, sin reserva ni segunda intención, y no hubo rivalidad entre las emperatrices ni entre los hermanos. La historia no ve en esta época en el Occidente más que dos pálidas figuras de emperadores efímeros, que desaparecerán, el uno á los 20 años y el otro á los 24.

III.—VALENTE (28 marzo 364. — 9 agosto 378).

No más que Graciano fué consultado sobre esta repartición Valente (3), el cual estaba entonces harto ocupado en Oriente para disputar á sus sobrinos un título ó una provincia. Su reino se había abierto por una insurrección que había puesto su trono en peligro. Aquel Procopio en quien se supone que Juliano había pensado para el imperio, se había mantenido oculto mientras vivió Joviano; pero algunos meses después del advenimiento del nuevo príncipe, había salido de su retiro, y con algunos soldados insurgentes, hubo de sorprender el palacio durante un viaje del emperador al Asia (28 set. 365).

Valente no era hombre simpático. Pequeño de estatura, casi negro de tez, y de ojos bizcos, no tenía en su persona ninguno de esos atractivos de gracia ó de carácter que subyugan ó imponen á la multitud, y pronto se vió que era cruel de propia índole y grosero por defecto de educación; y sobre esto ignoraba hasta la lengua de sus pueblos.

Así, pues, había creído Procopio que no sería difícil derribar á semejante príncipe. Los amigos de Juliano habían sido despojados de sus cargos ó empleos, sin respetar siquiera al prefecto del pretorio Salustio, que había rehusado el imperio, y todos ellos eran descontentos dispuestos á arrimar el hombro á un alzamiento: algunos hubieron de ayudar á Procopio á formar un ejército.

(2) Según Idacio, nació Graciano el 18 de abril de 359; y según el Crónico Pasc., el 28 de mayo.

(3) Habiendo nacido Valente en 328, tenía 36 años á su advenimiento.

La sedición ganó rápidamente toda la Tracia y las principales ciudades de la Bitinia. Pero este emperador de azar valía menos aún que su rival, y su fortuna vino á fracasar en Frigia casi sin combate por la defección de uno de sus generales, alamo de origen, cohechado por Valente. Huyendo á través de un bosque, con dos tribunos de sus desbandadas tropas, éstos, para rescatar su vida, se lanzaron sobre él y lo llevaron maniatado á Valente que luego al punto lo mandó decapitar (27 mayo 366), y dos veces traidores los tribunos tuvieron la misma suerte.

Uno de los deudos de Procopio, Marcelo, simple protector, intentó continuar la empresa en su provecho; pero no alcanzó en ello más que una muerte atroz (366). Valente había tenido miedo, y no tuvo piedad. «Millares de víctimas, dice Amiano Marcelino, extendidas en el potro del tormento y desgarradas por uñas de hierro, perecieron á su implacable encono; y después de las torturas, vinieron los decretos de destierro y de confiscación. La venganza no cesó hasta que el príncipe y los que le rodeaban se hubieron hartado de sangre y oro.»

En 374, la magia y los astros dieron á Valente otro competidor, Teodoro, *notario* ó secretario del mismo emperador, á quien se persuadió de que el Destino le reservaba el imperio. A. Marcelino refiere, en vista de la deposición de un acusado, cómo se obligó al dios á revelar el porvenir: era muy sencillo, al alcance de todos, y por lo mismo peligroso para los que eran dueños del presente.

«Con ramas de laurel, dice el adivino Hilario, se construye una trípode, figurando la de Delfos; se coloca en el centro de una cámara llena de humo de quemados perfumes de la Arabia y se pone encima un gran plato circular, formado de muchos metales, cuyo borde tenga grabadas todas las letras del alfabeto.

«Un iniciado vestido y calzado de lino, ceñido de diadema y con una rama de verbena en la mano, invoca en los términos prescritos por el formulario la divinidad que posee la ciencia de las cosas futuras; después, por encima del plato balancea, suspendido de un cordón, un anillo de hilo de lino, consagrado por místicos ritos. El anillo pasa sucesivamente por algunas de las letras grabadas en el plato; letras que reunidas forman palabras y éstas el oráculo apeteído.»

En todos tiempos, en la época del círculo adivinatorio, ó en la de las mesas giratorias, el intervalo entre la sabiduría y la locura es muy grande y lo llena la necedad humana. Hoy nos reimos de tan necias credulidades; en el imperio romano arrastraban la muerte. Denunciado antes de haber hecho nada para ayudar al Destino á cumplir su promesa, Teodoro fué decapitado, y según costumbre gran número de personajes de distinción, *honorati*, perecieron con él.

Con esto, se desencadenó otra vez la guerra á los magos; y como la filosofía de aquel tiempo no era más que teurgia, fueron envueltos los filósofos en la persecución. Máximo, el amigo de Juliano y su director de conciencia, fué también decapitado.

Valente ordenó también severa persecución de todas las obras de magia y hasta el ejército se ocupó en este servicio. Los libros que se descubrían se arrojaban á la hoguera, y con ellos, los que los poseían.

San Crisóstomo refiere el susto que pasó un día, cuando habiendo recogido á orillas del Oronte un libro que por prudencia habrían arrojado al río, vió que contenía un tratado de magia. Había cerca de allí un soldado, y el santo no se atrevió delante de él ni á desgarrar el libro ni á tirarlo, pero logró ocultarlo bajo sus vestiduras, sin que lo

echara de ver el soldado, y creyó haberse librado de un gran peligro.

En la cuestión religiosa, Valente siguió la política de Constancio. La ortodoxia hacía progresos en Oriente, y Alejandría, donde Atanasio vivía aún, y Cesarea de Capadocia que tenía entonces por obispo á San Basilio, eran sus principales focos: muchas iglesias de Asia acababan de enviar tres diputados á Roma para procurar una reconciliación entre los cristianos de Oriente y de Occidente (1).

Molestado Valente por este movimiento, lo detuvo haciéndose bautizar por el obispo arriano de Constantinopla. Esta declaración pública de la fe del soberano indicó á los políticos cuál debía ser su creencia, y lo supieron mejor cuando vieron que los destierros volvían á empezar.

La persecución se hizo esta vez con alternativas de severidad y de indecisión que le quitan la siniestra grandeza de las famosas luchas religiosas (2). Es una historia que hemos referido ya, en el reinado de Constancio, y nos repugna volver al asunto. Tendríamos que hablar también de las turbaciones en las iglesias, de las competencias entre los obispos, de las elecciones por dinero ó por tumulto, de los pastores indignos «que comerciaban con la palabra de Dios», según San Basilio, y conferían las órdenes sagradas á precio de dinero. «¿Renunciarán los obispos á su perversidad? añade San Basilio. Nadie lo sabe sino Dios.... Aquí todo está lleno de dolor.» El mismo, á fin de asegurar las rentas de su dominio episcopal, rompía los vínculos de una amistad de treinta años con Gregorio Nacianceno, que decía: «Hoy, la intriga y sólo la intriga conduce al episcopado.»

Por mucho que se conceda á la exageración habitual á los sermonarios, siempre queda bastante verdad en estas acusaciones para que la historia no tenga el derecho de ocultar miserias que fueron uno de los elementos de la situación política (3) y explican las violencias de los príncipes sin justificarlas.

Respecto de la política religiosa de Valente, no citaremos más que dos hechos, que muestran cómo iba su espíritu del arrebató á la flaqueza, lo que es la peor conducta de un gobierno. Expulsado Atanasio por la quinta vez de Alejandría, tuvo que ocultarse en un sepulcro por espacio de cuatro meses, y después de haberle hecho sufrir este suplicio inútil al glorioso anciano, lo autorizó á volver á su iglesia metropolitana, donde en 373 encontró en una muerte tranquila el reposo que nunca había conocido. Y amenazado de muerte en su ciudad arzobispal de Cesarea

(1) Fueron encargados de cartas dirigidas á Liberio «nuestro hermano y colega.» En ellas se leía: «Te traemos cartas que los obispos ortodoxos de Asia han escrito para tí y otros obispos de Italia y Occidente.» Y Liberio contestaba: «Liberio, obispo de Italia, y todos los obispos de Occidente á nuestros carísimos hermanos y colegas... Los obispos de Oriente están ahora de acuerdo con los obispos ortodoxos de Occidente.» Estas cartas en que se condenaba el concilio de Rimini y se presentaba el de Nicea como regla única de la fe, establecían la *comunión*, es decir, la comunidad de creencias entre las iglesias que las habían cambiado. Era un uso tan antiguo como útil.

(2) Sobre esta persecución, V. Sócrates, lib. IV. Una constitución de 365 (*Cod. Teod.*, XII, 1, 63), llama á los monjes *ignavia sectatores*, y ordena al conde de Oriente llevarlos á sus curias para que sufran las cargas, *munia*. Una ley de 364 prohibió los sacrificios nocturnos, A la representación de Pretextato, procónsul de Acaya, Valente hizo una excepción para los misterios de Eleusis (*Zósimo*, IV, 3).

(3) Con su alma elevada y la ternura de corazón para los pobres, Basilio tenía la enfermedad del tiempo; era irascible. Se le encuentra en pugna con su tío y con todos los obispos del Ponto, y ya veremos más adelante cómo trataba al papa. Gregorio de Nacianzo no era tampoco más templado. Estos hombres tenían un ideal muy elevado, y se daban á recriminaciones tanto más vivas cuanto menos veían realizarse este ideal en torno de sí.

San Basilio, se mantuvo firme con el prefecto del pretorio y aun con el mismo Valente, que temiendo un levantamiento del pueblo, cedió dejándole su obispo. Con este emperador todo era pequeño, hasta el mal.

Temistio pretende que rebajó los impuestos una cuarta parte. Creemos que ciertas atenuaciones fiscales, no permanentes á buen seguro, fueron exageradas por el orador oficial, de modo que en su imaginación, acalorada por la retórica, vinieran á ser un alivio que un emperador de aquel tiempo no podía conceder.

En los cuerpos de que la vida se retira pululan los insectos maléficos que aceleran la obra de destrucción. Los bandidos, al mismo tiempo que los bárbaros, habían desolado el Africa, la Italia, la Galia y la Bretaña; los cuades y los sármatas habían hecho otro tanto con Panonia y la Dacia de Aureliano, y pronto se verá que las tribus góticas no abandonaban la Tracia. No estaba en mejores condiciones el Asia: los isaurios asolaban las provincias limítrofes á sus montañas; audaces bandoleros difundían el terror en la Siria, los sarracenos en Palestina y Fenicia, los blemyes en los confines de Egipto. San Basilio escribía en 373, que de Capadocia á las orillas del Bósforo, todo estaba lleno de enemigos; Roma misma estaba como sitiada por los ladrones, y Símaco no se atrevía á salir para visitar su dominio de Campania. «Parecía, dice Amiano Marcelino, que las furias hubieran organizado un bandolerismo universal.» Contra estos indignos enemigos agotaba el ejército las pocas fuerzas que le quedaban.

En medio de este desorden interior, la guerra no podía ir bien en el exterior. Joviano había hecho comprender en el tratado de 363 al armenio Arsaces, el aliado y hasta cierto punto el vasallo de Juliano, pero sin comprometerse á socorrerlo, si más tarde se rompían las hostilidades entre él y los persas; lo que valía tanto como entregar la Armenia á las intrigas y á las armas de Sapor.

Las intrigas comenzaron muy en breve, y desde el año 364 dieron inquietudes á Valente; pero el persa vacilaba en comprometer su caballería en aquellas montañas; prefirió el ardid y de este modo logró su objeto. En efecto, atraído Arsaces á un festín, fué sorprendido, cargado de cadenas de plata y por fin degollado. La Armenia no era tan fácil de tomar como su rey y Sapor empleó otro medio: hizo pues llegar al gobierno de este país dos nobles armenios, que mantuvieran el reino en su alianza. La Iberia tuvo la misma suerte.

Valente procuró atajar los progresos de la Persia. No era un soldado fogoso, y Sapor con sus sesenta y tres años de reinado había gastado su belicoso ardor en innumerables expediciones. Así es que no chocaron vigorosamente esta vez los dos imperios: hubiéranse creído dos ancianos luchando débilmente por un resto de hábitos guerreros. El conde Trajano y un antiguo rey de los alamanos, Vado-mar, hecho general romano, obtuvieron algunas ventajas, en 373, sobre un cuerpo enemigo.

Después de tan modesto golpe suspendió las hostilidades una tregua. Las turbaciones que seguirán á la muerte de Sapor, en 380, complicadas con una guerra en la frontera oriental, harán desear á los persas la paz con el imperio, y un embajador vendrá á solicitarla de Teodosio, ofreciéndole los ricos presentes de su amo: telas de seda, piedras preciosas, elefantes de las Indias, etc. (1).

La viuda de Arsaces, hija de aquel prefecto Ablavio,

(1) Esta embajada llegará á Constantinopla en 384 de parte de Sapor III, hijo de Sapor II y sucesor de Ardeschir, que reinó menos de cuatro años y fué acaso precipitado del trono.

que había perecido en la gran matanza de 337, tenía un hijo llamado Para, el cual, refugiado en las tierras del imperio, llegó á recobrar el reino de su padre; pero quedó obligado á practicar la política impuesta á los reyes de Armenia por su misma situación, política que conllevaba á la Persia y al imperio.

Creendo luego Valente que el armenio se inclinaba demasiado á la primera, lo invitó con afectuosos mensajes á visitarlo en Tarso, y cuando lo tuvo allí, quiso retenerlo prisionero; mas advertido á tiempo, logró Para evadirse. Con todo eso, y con una confianza impropia de los reyes asiáticos, no bien se había librado de este lazo, cuando cayó en otro, aceptando una invitación del conde Trajano.

El festín era suntuoso; una música militar alegraba á los convidados, y las copas circulaban entre chanzas y risas, cuando á una señal del conde, un bárbaro pagado para el asesinato, se precipitó sobre el rey y lo mató (374).

Valentiniano había hecho lo mismo con un jefe alamo, y el gobernador de Panonia con el rey de los cuades. Todos estos hombres, á pesar de su celo cristiano, carecían de fe, de honor y moralidad.

La guerra contra los godos impidió que Valente sacara partido de este crimen, que fué inútil, ó sólo sirvió á sus enemigos los persas.

La invasión germánica, atajada por César, Augusto y los Antoninos, había estado á punto de realizarse en el siglo tercero. Los valerosos príncipes que siguieron á los Treinta Tiranos, la tuvieron á raya, y durante un siglo pareció impotente. Al Oeste, los alamanos y los francos, debilitados por las numerosas expediciones dirigidas contra ellos, habían perdido también muchos guerreros, atraídos como soldados al ejército romano, ó establecidos como colonos en las provincias despobladas. Por esta parte la invasión parecía pues contenida, aunque el imperio hubiera abandonado dos posiciones importantes: á los alamanos las *Tierras Decumatas*; á los francos la Toxandria.

Pero pueblos venidos del Norte habían acumulado alende el Danubio y el Euxino fuerzas formidables. El más poderoso de ellos, el de los godos, dominaba desde las riberas del Don hasta la Transilvania; y se dividía en ostrogodos, ó habitantes de la estepa (*Grutunges*), al Este, y en visigodos, ó habitantes de los bosques (*Tervinges*), al Oeste, en los inmensos bosques y en las ricas llanuras que descenden de los Cárpatos al Danubio.

Desde su desastrosa expedición de 270, sobre todo, después que Aureliano les hubo abandonado la Dacia, estas tribus guerreras casi habían renunciado á sus correrías al Sur del Danubio y en el Asia Menor. Sus relaciones con el imperio, facilitadas por la vecindad y por el cristianismo que se había propagado entre ellos, les habían hecho salir de la barbarie, sin traerlos todavía á la civilización (2). Ha-

(2) Wulfila ó Ulfilas (311-381), considerado como el primer obispo de los godos, tradujo toda la Biblia, menos el libro de los Reyes, á la lengua de su pueblo. Era la primera vez que se escribía esta lengua. La evangelización, si no comenzada á lo menos activamente seguida, de la nación gótica, la versión de la Biblia y la invención de las letras necesarias para los sonidos de este idioma, prueban que Wulfila fué un hombre superior. Filostorgo (II, 5) lo supone hijo de un cautivo capadocio conducido por los godos. El jefe principal de los visigodos, Fritigern, parece haber sido favorable á los cristianos (Sócrates, IV, 33), mientras su rival Atanarico les era contrario y los perseguía.

Pero hay que rechazar la opinión de que la mitología de los germanos les predisponía á abrazar el cristianismo. Ni *Odin* ni *Thor* tienen nada que ver con Jesús, y las alegrías de la Walhalla, los banquetes y combates interminables están en completa oposición con el concepto ascético que los cristianos se formaban de la vida aquí abajo y ultra tumba.